

El doctor Goyena tenía tal facilidad para versificar, que ese mismo tema de los eruditos á la violeta, vuelve á servirle de argumento en el gentil apólogo:

La Vieja y el Bailarín.

Deseaba un bailarín
Lucir en no sé que fiesta
Con un vestido compuesto
De mil colores y telas.

No tenía facultades
Para conseguir la empresa:
Mas él se ingenió de modo,
Que al fin se salió con ella.

Dedicóse á recoger
Los retazos de las piezas
Que los sastres conservaban
Mal habidos en sus tiendas.

Eran algunos de á vara,
Y también de á vara y media,
Porque el sastre nunca tiene
Igualdad en su conciencia.

El la encoje, y él la alarga
Según corre la tijera:
Si le sobra mucho, mucho,
Y si poco, se contenta.

Pero nuestro bailarín
Buscaba más menudencias;
De suerte que diez pedazos
Componían una sesma.

De este modo en un canasto
Juntó las brillantes muestras
De la industria y patriotismo
De naciones extranjeras.

Como él sabía coser,
Y gastaba mucha flema,
Trazó un vestido muy charro
Con sólo sobras ajenas.

Salió con él por la pascua,
Y me pareció que era
Un tablerito de damas
El pantalón y chaqueta.

Le lucía grandemente,
Pues toda la turba necia
Se lo quedaba mirando,
Casi con la boca abierta.

Pero los más advertidos
Motejaban su extrañeza,
Y los tunos descargaban
Sobre él infinitas piedras.

Mas viendo que le zumbaban
Algunas por las orejas,
Se refugió en mi zaguán
Lleno de miedo y vergüenza.

Valióse de la ocasión
Mi anciana y señora abuela
Para darle unos consejos,
Y le habló de esta manera:

“Válgame Dios, hijo mío,
Qué de puntadas te cuesta

Ese vestido, que al fin
Vale muy poca moneda!

Cuánto mejor te estaría
Un vestidito de jerga,
Que sobre ser más honesto
Tan corrido no te viera!

Más sencillo y más barato!
Sin duda alguna saliera,
Y con ser menos vistoso
No fueran tantas tus penas....”

—¿Más barato? no señora:
Menos trabajo, pudiera:
Pues todos estos retazos
Ni un maravedí me cuestan.

*Sólo con haber andado
Días ha de tienda en tienda,
Y cogiendo aquí y allí,
Salió la obra completa.*

—¿Completa? no digas eso,
Replicó la buena vieja,
Que no es completo lo que es
Hecho de infinitas piezas.

Tú pretendiste lucir
Valiéndote de esa treta;
Pero ya ves que al que quiere
Dar un chasco, lo chasquean.

*El pobre con su sayal
Puede lucir donde quiera;
Mas deshonra al petimetre
La pana cuando es ajena.*

—Alto ahí, me dije entonces,
Oigan qué linda ocurrencia,
La que con este motivo
Se me vino á la mollera:

Ah ¡cuántos autores nuevos
Al bailarín se asemejan,
De aquéllos que dan á luz
Obras de varias materias!

*Sólo con haber andado
Registrando bibliotecas
Y cogiendo aquí y allí,
Sacan sus obras completas.*

Harto mejor les sería
Que sus libros compusieran
A lo pobre, porque puede
Decirles alguna vieja:

*El autor, aunque mediano,
Puede lucir donde quiera:
Mas deshonra al escritor
La ciencia, cuando es ajena.*

A juzgar por el chiste y buen humor que respiran todos esos poemas, nadie sospecharía que el fabulista hubiera sufrido tantas decepciones como sufrió, en medio de una sociedad que no supo comprenderlo; no obstante, hay en otros versos del desgraciado bardo, tintes melancólicos, que dejan ver la situación de su alma: reía á veces, pero con esa risa que desgarrá el corazón y hace llorar, como dijera el crítico español. Había perdido la fe en los halagos de la amistad; se concentró, durante el último tercio de su vida, al seno del hogar, ya pobre y cargado de experiencia y desengaños. Juzgaba, con La Rochefoucault, que lo que

han dado los hombres en llamar *amistad*, no es otra cosa que un cambio recíproco de intereses y de buenos oficios, un comercio en el cual siempre nuestro amor propio se propone ganar algo. El filósofo Goyena sabía bien que casi siempre se disfraza con el nombre de *amistad* la confederación en los vicios ó la liga en los placeres, á pesar de las admirables pinturas que de ese sentimiento nos han dejado Cicerón, Plutarco y Séneca. He ahí por lo que en momentos de hastío, y harto de deslealtades y de miserias, escribió nuestro poeta el epigrama siguiente:

Yo tengo, dijo Andrés, una piaras
De marranos ingratos, cuyas caras
No he podido mirarles en mi vida,
Sino al tiempo de darles la comida.
Me tienen afligido,
Pues unos diez ó doce se han huido
I los otros notando mi pobreza,
Con gruñidos me aturden la cabeza,
I me dan costaladas,
Mordidas, rempujones y holicadas;
De suerte que no quiero ya ni verlos.
—Razón tienes, le dije, vé á venderlos,
O matarlos, y quedas satisfecho,
Pues muertos ó vendidos dan provecho:
Si los vendes, te aumentan el dinero,
I si nó, te sazonan el puchero.
—Yo me diera, dijo él, aquesa traza
Si fueran los cochinos de otra raza;
Pero aquestos merecen mil castigos.
—Pues, ¿qué puercos son esos.....—MIS AMIGOS.

Otra de las producciones, casi desconocida, del doctor Goyena, que descubre á una su facilidad para versificar, y el profundo estudio que hiciera de las leyes, es la compilación

rimada de las materias de que trata cada título de "*Las Siete Partidas*" del sabio rey don Alfonso. Innecesario parece decir que no es numen, sino soltura, concisión y gracia, lo que en aquel prolijo trabajo se percibe. Al metrificar los variados asuntos de que tratan las "*Pandectas españolas*," como han llamado á la obra monumental del siglo XIII, propúsose Goyena que los estudiantes retuviesen fácilmente en la memoria el contenido de dicho cuerpo legal, y además, ¿por qué no decirlo? allegar algunos recursos pecuniarios que aliviaran la penuria en que vivía, vendiendo aquella obrita á un módico precio.

También es sencilla y fácil la prosa de nuestro literato. Abunda en filosóficos conceptos, y confirma una vez más, que *el estilo es el hombre*, como tanto se repite desde que Buffón redujo á un aforismo lo que antes era ya verdad palmaria. En una serie de artículos, acerca de la educación, que figuran también en el vetusto órgano oficial, con el anagrama "*Banoger de Sagelliú*," adviértese que, bajo el aspecto literario, no carecen de mérito, y que dada la época en que salieron á luz, contienen ideas que acreditan haber sido Goyena un hombre superior á su tiempo. Con respecto á la manera de enseñar la lengua latina, exclama:

“¡Pobre juventud! Tú eres el blanco á donde asesta sus tiros el entusiasmo: la preocupación de los maestros es la causa de tu ruina: nada importa que tengan deseos de instruirte, si les falta la doctrina necesaria: lejos de excitar en tí el amor á las ciencias, presentándotelas con toda la belleza y claridad posibles, proceden nada menos que al contrario, pues te las manifiestan obscuras y horrorosas: *principian por donde casi debían acabar*, si felices circunstancias lo permitiesen; por el estudio más difícil y escabroso, por la latinidad. Aun ésto sería menos reprochable, si te lo enseñasen, no en un método que parece inventado, más bien para ahuyentar que para atraer, sino de un modo claro, y menos repugnante. El señor Mayans, y don Juan Iriarte, te ofrecen cada uno de ellos, reglas más exactas y más acomodadas á tus alcances, que aquellas obscuridades prescri-

tas en Nebrija. Este fué tan docto como buen gramático; pero faltóle al fin la claridad. Babilónica llamaría yo á sus sintaxis, con tal de que estuviese un poco más confusa.” & . & .

Verdades son esas que, dichas al comienzo del siglo, han de haber parecido atrevidas, cuando no científicamente heréticas. Después que el sabio humanista don Andrés Bello demostró, en tiempos mucho más cercanos á nosotros, que la gramática debe estudiarse, como ramo de segunda enseñanza, cuando ya la razón está desarrollada suficientemente, en los risueños años de la adolescencia; después que Fröbel y Mann despojaron el aprendizaje de la niñez de la terrorífica faz con que venía á amargar las más apacibles horas de la existencia; después de los portentosos adelantos que han hecho, desde Pestalozzi, los métodos modernos; no es extraño que las ideas del doctor Goyena carezcan de novedad y hasta de interés, si se quiere; pero allí en la *Gazeta de Goathemala*, que á raíz de la pasada centuria se publicaba, aparecen, si se nos permite la frase, como una verdadera revelación.

Ni prueban menos independendencia de carácter los conceptos que, refiriéndose á los estudios superiores, contiene aquel célebre trabajo. “En orden á las leyes, decía, jamás permitiré que mis hijos empleen siete años para llegar á ser *licenciados*, aunque tuviera la complacencia de ver que con el derecho romano y patrio, estudiaban el divino en el Nuevo y Antiguo Testamento. Pues tengo muy presente aquello de Macanaz, cuando dice: “que en substituyendo la juventud el estudio útil de las bellas letras al cansado y fastidioso de los rabulistas, tendremos hábiles abogados y prudentísimos jueces.” Que así hablara el autor del intencionado apólogo “*Los Zopilotes con Golilla*,” cuando la noble profesión del foro se acataba con reverencial admiración, y cuando la literatura apenas era un tolerable pasatiempo, debe haber producido verdadero escándalo. Hay más aún; y es que con recto juicio, aconseja á los padres de niños pobres que, cuando no sean muy notables sus facul-

tades intelectuales, mejor los dediquen á un arte ú oficio, con el que se ganen honestamente y sin ambición ni zozobras la subsistencia; á cambio de formar un tinterillo, un maestro de escuela ignorante, ó un presumido y vicioso, que tiene necesidades que no puede satisfacer.

Cuando en ese mismo escrito aboga el filósofo por que se inbuyan al niño ideas buenas, de tal suerte que, “al fin de la jornada de la vida, le sea dable elevar su alma al cielo, dejando á sus hijos la virtud en el corazón, y el dinero en las manos de los pobres; nos parece ver, al través de tal lenguaje, al hombre sabio, al buen padre, al munífico protector del desvalido, en sus días de holgura y de riqueza.

VI.

Para concluir, digamos que, así como Voltaire quería que en cada una de las páginas de Racine se escribiera: “*¡Bello, sublime, armonioso!*” debiera escribirse en todas las de las fábulas de Goyena: “*¡Magnífica descripción; cuadro inmejorable!*” ¿Quién pintara mejor la inocencia que simboliza la nítida paloma; lo fiel del perro, ese guardián del hogar, que ama á su dueño por instinto y es leal por naturaleza; la arrogancia del caballo, que bufa y que relincha al són de la trompa bélica; la mansedumbre del paciente buey, que arrastra el arado por el fecundante surco; la malignidad de la serpiente, que astuta se esconde entre las flores; lo charlatán del vistoso loro, que repite maquinalmente cuanto sonido escucha; la viveza del *sanate*, que contrasta con el desairado porte del inmundo *zopilote*; la hidalguía del león, y la crueldad é instintos sanguinarios del tigre y de la hiena? Que los niños continúen, pues, atesorando en su memoria esas lecciones que deleitan y moralizan, al estudiar los preciosos apólogos nacionales; mientras que los jovenes tengan oportunidad de aplicarlos en las diversas circunstancias de la vida; y los amantes del arte y del buen gusto, hallen siempre en ellos preciosos modelos, sin ocurrir á los de Grecia y Roma.

Cuando al través de los tiempos, luzca con imperecedero fulgor ese astro que despide suave luz en el sombrío horizonte de nuestra historia colonial, y que como el lucero vespertino, inunda el alma de plácidos ensueños y evoca en la memoria melancólicos recuerdos, se lamentará el estólido desdén con que, casi en la miseria, se dejó abandonado al primer fabulista de la América latina. ¡Coincidencia extraña! mientras que el famoso Dryden, en su senectud, y á la cabeza de los hombres de letras de Inglaterra, sólo encontró quien le diera miserable suma de libras esterlinas por sus fábulas, colección de diez mil versos; el célebre Rafael García Goyena, en Guatemala, al frente de los poetas de su tiempo, pudo apenas conseguir el auxilio que la caridad imparte al desgraciado. Causa dolor que el mérito casi nunca obtiene recompensa. Homero cantaba sus versos inmortales oprimido por el infortunio; Cervantes no recibió más que baldón é ignominia; Camoens fué presa de miseria horrible, hasta expirar en un hospital de Lisboa; y aquende el Océano, Caldas, Pombo, Plácido, sucumben en un cadalso; Mármol, Blest Gana y los dos Mattas, sufren amargas penas, impuestas por rudos opresores; Lillo, Arboleda y Ascásubi escapan casualmente del último suplicio. Al recordar todo eso, no es extraño, por más que sea lamentable, que á principios del presente siglo, se mirara con indiferencia el triste estado de inopia de un hombre de genio, honra y prez de nuestras letras.

Empero, no descorramos por más tiempo el velo del pasado, que tantas ingratitudes cubre. La losa muda del sepulcro guarde, trás agitada y mísera existencia, las cenizas venerandas del insigne literato *doctor don Rafael García Goyena*: el angel de la gloria salvó su nombre ilustre del olvido, y nosotros los guatemaltecos lo transmitiremos, con respetuoso cariño, á las futuras generaciones!

Guatemala: 15 de noviembre de 1888.

Antonio Batres Jáuregui.

EL DOCTOR DON IGNACIO GÓMEZ.

I

En ese incesante movimiento de todos los seres creados, la renovación produce la vida, que palpita al soplo del espíritu de Dios, así en el átomo que imperceptible revolotea en el éter, como en las miríadas de soles, centros de otros tantos sistemas planetarios. Todo obedece irremisiblemente á la ley de las transformaciones, desde la delicada florecilla que abre sus pétalos al beso de las auras para inclinar luego su cáliz marchito y sin perfume, hasta el hombre que, rey de la creación, levanta por instantes el cetro de su inteligencia por encima de cuanto le rodea, para cerrar pronto sus mortecinos ojos, sin brillo y sin fuego, al contacto de la descarnada mano de la muerte, que los nubla sin compasión y sin piedad. Pero las hojas secas de la flor, que arrebatan los vientos otoñales, entran de nuevo, como elementos de otros seres, en el laboratorio del mundo, mientras que su suave y delicioso aroma, elévase, como se eleva el humo del incienso en el altar, por los espacios celestes, en donde frotan del querub los armónicos acentos; y los despojos mortales del humano sér, tan pronto van á

8